

Complutum

ISSN: 1131-6993

<https://doi.org/10.5209/cmpl.84157> EDICIONES
COMPLUTENSE

El diablo está en los detalles: nuevos datos arquitectónicos y contextuales sobre el pilar-estela de El Prado (Jumilla, Murcia)¹

Jesús Robles Moreno¹

Recibido: 13/01/22 // Aceptado: 09/09/22

Resumen. En 1983 se produjo el hallazgo del pilar-estela de El Prado (Jumilla, Murcia), uno de los monumentos mejor conservados de la cultura ibérica. A pesar de esta circunstancia, el montaje y el contexto de este edificio han sido discutidos a lo largo de su historiografía. En este trabajo dichas cuestiones son revisadas, lo que ha permitido ofrecer una nueva imagen del pilar-estela, con datos arquitectónicos inéditos que aportan interesante información al debate existente sobre su restitución. Paralelamente, a través del análisis del pilar y la documentación de la campaña, se reflexiona sobre su cronología y contexto, concluyendo que pudo tratarse de un monumento (funerario o no) vinculado con el paisaje que sufrió dos reutilizaciones diacrónicas.

Palabras clave: Segunda Edad del Hierro; Coimbra del Barranco Ancho; monumentos; decoración arquitectónica; gola

[en] The devil is in the details: new architectural and contextual data about the pillar-stele of El Prado (Jumilla, Murcia)

Abstract. In 1983 one of the best preserved Iberian Iron Age monuments was discovered: the pillar-stele of El Prado (Jumilla, Murcia). Although it is well preserved, its reconstruction and context have been strongly debated. In this paper those issues are tackled, allowing us to offer a new image of the pillar-stele, taking account of unpublished architectural data that sheds some light on the debate on this pillar reconstruction. Simultaneously, by analysing the monument itself and documents from the archaeological campaign in which it was discovered, we reflect on its chronology and context, concluding that it was a monument (funerary or not) but closely linked to the surrounding landscape, which was reused twice at different moments.

Keywords: Iberian Iron Age; Coimbra del Barranco Ancho; monuments; architectural ornamentation; Egyptian gorge moulding

Sumario. 1. Introducción. 1.1 Algunas divergencias en cuanto a su montaje. 2. Nuevos datos arquitectónicos. 2.1. Una nueva serie de ovas. 2.2. Volutas arquitectónicas. 2.3. ¿La base del pilar?. 3. Algunas consideraciones sobre la cronología y el contexto. 3.1. El contexto de aparición y la doble reutilización del monumento. 3.2. Ubicación y función del monumento. 4. Reflexiones finales. Agradecimientos. Bibliografía.

Cómo citar: Robles Moreno, J. (2022). El diablo está en los detalles: nuevos datos arquitectónicos y contextuales sobre el Pilar-estela de el Prado (Jumilla, Murcia)¹ *Complutum*, 33 (2): 433-454.

¹ Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras.
E-mail: jesus.robles@uam.es
ORCID: 0000-0002-5276-1974

1. Introducción

Entre los numerosos ejemplares de arquitectura monumental ibérica procedentes del sureste peninsular, uno de los más destacados es el conocido como “monumento funerario o pilar-estela de El Prado”, hallado en 1983 en las excavaciones del yacimiento eneolítico homónimo situado en Jumilla (Murcia) (Lillo 1990; Lillo y Walker 1990).

Este yacimiento se sitúa a unos 3 km al sur del casco urbano, junto a la carretera o camino de Santa Ana. Físicamente se emplaza en el fondo del valle de la Rambla del Judío, delimitado por las Sierras de Santa Ana (sur), Sierra del Molar (oeste) y Cerro del Castillo (norte). Se trata de una zona en la que confluyen varios cauces de agua, lo que provocó que en la antigüedad y hasta comienzos del siglo XX fuese una zona pantanosa (Molina y Molina Grande

1973: 174). El lugar de hallazgo del monumento, hoy ocupado por naves industriales, se sitúa a unos 600 m al SE de la villa romana de Los Cipreses y a 2,5 km al NE del archiconocido poblado ibero de Coimbra del Barranco Ancho (fig. 1).

Allí, reutilizados y formando parte de lo que Lillo (1990) definió como un abrevadero ritual, en el que luego profundizaremos, se encontraron varios elementos arquitectónicos decorados pertenecientes a época ibérica, como sugiere su estilo y la cerámica documentada en torno a esta estructura que ofrecía una fecha *ante quem* de finales del siglo III a.C. o inicios del II a.C. Estos, por sus dimensiones y características, conformarían un único monumento ibérico del tipo pilar-estela, pues presenta los rasgos formales propios de esta tipología tal y como fue definida por Almagro Gorbea (1983a) en primer lugar y luego matizada por Izquierdo (2000).

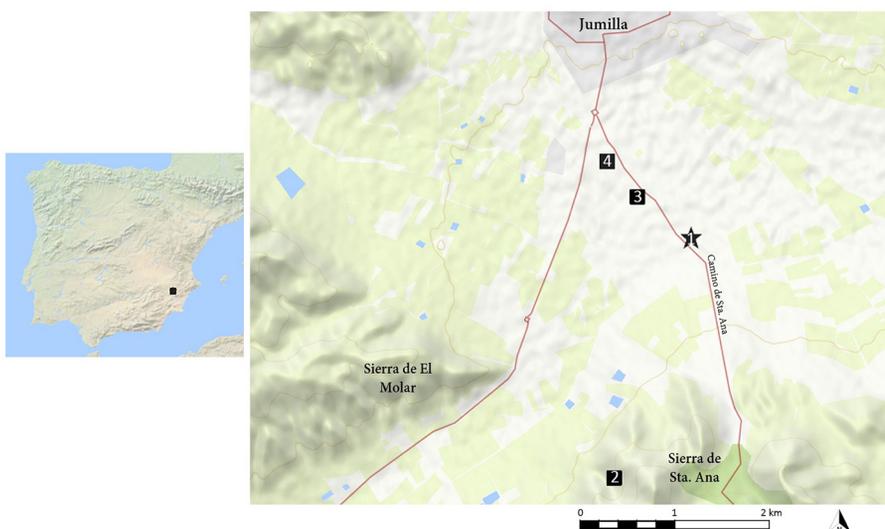


Fig. 1. Ubicación del lugar de hallazgo de El Monumento en relación con otros enclaves arqueológicos de la zona: 1-Lugar de hallazgo del pilar-estela. 2- Coimbra del Barranco Ancho. 3- Villa romana de Los Cipreses. 4- Necrópolis ibérica de El Pasico de San Pascual (Realización: autor).

El monumento (fig. 2), que ofrecería una altura cercana a los 4 m, se asentaría sobre un plinto moldurado de base rectangular de 104 x 66 cm. Se trata sin duda del elemento más fragmentado de todos los recuperados², pero aun así se puede apreciar que presenta moldura de gola sobre cuya nacela aparecen una serie de altorrelieves sumamente erosionados que representan personajes femeninos juveniles yacentes, conocidos en la bibliografía como “damitas” (p.ej.: Almagro Gorbea 1987; Lillo 1990; Castelo 1995: 138; Izquierdo 1998-1999). Estas figuras forman un cuadrado

en torno al desarrollo vertical del monumento, pues cada una de ellas ocupa un lateral de este plinto, de manera que los pies desnudos de cada una descansan sobre la axila de la siguiente como propuso Lillo (1990: 141). En sus mismas palabras: Es de destacar que en los cuerpos se aprecia un canon largo, su postura es airosa y relajada, con escorzos atrevidos de inspiración clásica griega. Es evidente que estas esculturas se apartan de la mayoría de los modelos femeninos de la escultura mayor ibérica para aproximarse más a los modelos greco-orientales (Lillo 1990: 141).



Fig. 2. Dos vistas del montaje actual del monumento en el Museo Arqueológico de Jumilla (Fotografía: autor) (izquierda) y restitución de Lillo (1990: fig. 3) en la que se basa

Por la fragmentación, ninguna de ellas conserva la cabeza, pero sí se pueden intuir restos del cuerpo y los ropajes de las damitas, especialmente en uno de los lados cortos del monumento (fig. 3). Se trata de túnicas largas que describen numerosos pliegues y quedan ceñidas mediante cinturón, también visible. Esta iconografía y la disposición de los personajes hace que se trate de un modelo iconográfico y arquitectónico que, como ya señaló Lillo (1990: 142), halla sus paralelos directos en Corral de Saus (Mogente, Valencia) (Almagro 1987) o en el pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla Murcia) (García Cano 1994; García Cano 1997: 263 y ss.). Es una de las características más habituales de los pilares estela del tipo “Corral de Saus” (Almagro 1987: 214) sobre el que luego volveremos.

La moldura de gola que presenta esta pieza hace que culmine en una base menor, con unas dimensiones de 63 x 40 cm sobre la que se levanta el cuerpo o pilar propiamente dicho del monumento. Como ya señalaba Izquierdo (2000: 71) estos elementos no suelen conservarse, aunque afortunadamente aquí contamos con dos fragmentos que definen uno de 2,29 m de altura. Según Lillo (1990: 143) estos son fragmentos de un único bloque, aunque es posible que fueran dos de ellos unidos verticalmente con 1,07 y 1,22 m de altura conservada respectivamente. En cualquier caso, se trata de un elemento prismático de base rectangular, con 60 x 42 cm de lado, en cuya parte superior e inferior presenta orificios cuadrangulares de 8 cm de lado que servirían para introducir el perno con el que el pilar se uniría a la base y al remate.

Este pilar aparece prácticamente liso, a excepción de la parte superior del mismo en el que encontramos decoración arquitectónica: una serie de ovas que se desarrolla bajo un contario. Sobre el origen, paralelos y desarrollo volveremos más adelante ya que son una cuestión fundamental en el trabajo que aquí presentamos. Por ahora basta con señalar que decoraciones arquitectónicas análogas aparecen en la pieza que remata el monumento: se trata de lo que Lillo (1990: 141) definía como *una especie de gola*, a pesar de que es un elemento prismático que no presenta esta moldura (fig. 4). Este capitel o remate presenta una altura total de 41 cm, con una base mayor que mide 80 x 60 cm y una menor de 60 x 40 cm. Coincide por tanto esta última con las dimensiones del pilar sobre el que se asienta. Esta pieza presenta el orificio transversal de 8 cm de lado para introducir el elemento de unión anteriormente comentado (Lillo 1990: 141; Castelo 1995: 139).

Finalmente, cabe señalar que a pesar de que todos estos restos se hallaron reutilizados en un mismo contexto, no se han conservado evidencias del posible remate escultórico que coronaría el edificio. Esto puede deberse a que se perdió en la caída y posterior reutilización del monumento o tal vez a que este jamás tuvo uno. De hecho, Lillo (2001-2002: 145, fig. 3) al explicar este monumento y el de Coimbra del Barranco Ancho desde los monumentos griegos y el rito de incineración señalaba que no habría remates sobre el monumento, sino que sobre ese capitel se situaría el vaso destinado a recibir libaciones que a través de esos orificios transversales llegarían hasta la sepultura.



Fig. 3. Detalle del escorzo y la vestimenta de una de las damitas (Fotografía: autor, Museo Arqueológico Municipal “Jerónimo Molina”)



Fig. 4. Detalle de la parte superior del pilar y remate del monumento y sus decoraciones (Fotografía: autor)

1.1. Algunas divergencias en cuanto a su montaje

La descripción que hemos presentado se corresponde con la restitución ofrecida por su excavador (Lillo 1990; Lillo 2001-2002), que encaja con la primera restitución propuesta para el pilar-estela de Corral de Saus por Fletcher y Pla (1974: 38-39) o para el del pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho (Muñoz 1987: 247), con la nacela decorada con figuras antropomorfas empleada como plinto del monumento, es decir, en la parte inferior del mismo. Esta propuesta de montaje es la que se exhibe desde 2001 en el Museo Arqueológico Municipal de Jumilla “Jerónimo Molina”. Con anterioridad a esa fecha, cuando se trasladó a este edificio la sección de Arqueología del entonces Museo Municipal (Hernández Carrión 2017: 1905-1906), el monumento estaba montado con los relieves que decoran la parte superior del pilar directamente sobre el basamento. Es decir, como se puede ver

en el trabajo de Castelo (1995: fig. 11), el pilar se restituía de manera inversa a la actual.

Si bien en los dos casos mencionados –Coimbra y Corral de Saus– las propuestas de montajes originales han sido modificadas colocándose la gola en la parte superior de los mismos y no como remate, en el caso de El Prado la restitución realizada por Lillo y hoy visible es sin duda la más aceptada, como parece quedar demostrado por su reiteración tanto en trabajos científicos (p.ej.: Izquierdo 2000: 106; Sala 2007: 66) como de divulgación y síntesis (Ramos Molina 2017: 212). Sin embargo, esto no implica unanimidad ya que hay autores que plantearon algunas alternativas, referidas sobre todo a la posición del sillar de gola.

Fue Castelo (1995: 398, fig. 90d) quien, considerando el paralelismo entre estos restos y el pilar-estela de las “damitas” de Corral de Saus, representó el pilar con la gola como elemento de remate. Para el monumento de El Prado, esta hipótesis de restitución fue planteada originalmente por Almagro Gorbea (1987: 219) y posteriormente ha

sido considerada por otros autores como Izquierdo (2000: 106) aunque sin el calado suficiente para desplazar al montaje que continua vigente en la actualidad. De hecho, autores que defendieron situar la gola en la base (Muñoz 1987: 247) rechazaron la propuesta de Almagro esgrimiendo criterios arquitectónicos como el peso y las proporciones. Incluso, Lillo (2001-2002: fig. 2) restituyó el pilar de Coimbra del Barranco Ancho también con la gola actuando como base.

Estas divergencias han provocado que la discusión siga abierta y que en el caso concreto de El Prado, a diferencia de sus paralelos, el montaje que propuso su excavador siga siendo vigente y visible en el museo jumillano. Con todo, no existe ningún trabajo concluyente al respecto, lo que ocasiona cierta indefinición sobre el aspecto original de este edificio, pues a pesar de que el monumento ha sido abordado en trabajos recientes (Prados 2011: 190; Chapa e Izquierdo 2012: 257) no se ha tratado suficientemente la cuestión de su restitución.

Así pues, transcurridos casi cuarenta años del hallazgo de este monumento, el objetivo de este trabajo es realizar una profunda revisión sobre su restitución y su contexto de hallazgo. Esta es necesaria por el hallazgo de nuevos datos arquitectónicos y sobre todo porque, a pesar de la importancia del edificio y del avance en el conocimiento de los monumentos ibéricos, este pilar-estela no ha sido estudiado en profundidad más allá del pionero trabajo de Lillo (1990). Retomar el análisis de este monumento es fundamental porque permitirá conocer mejor sus características y contexto, así como obtener interesantes datos sobre este tipo de manifestaciones arquitectónicas en el sureste ibérico.

2. Nuevos datos arquitectónicos

En este estado de la cuestión, cuando parece que, con la cantidad de datos y trabajos existentes sobre el monumento, poco o nada nuevo pudiera aportarse sobre el mismo, el análisis detenido de los restos ha permitido localizar nuevos datos referentes a su decoración arquitectónica en los que no se había reparado hasta la fecha. A pesar de su estado fragmentario, esta nueva documentación resulta fundamental para proponer una nueva restitución del pilar-estela.

2.1. Una nueva serie de ovas

Si hay un elemento destacable en la decoración del pilar-estela, además de las maltrechas damitas del sillar de gola y no tan tratado por la bibliografía como estas, son las series de ovas presentes tanto en la parte superior del pilar como en ese capitel o baquetón colocado sobre este (fig. 5). En la primera de estas piezas, observamos la adaptación ibérica de una moldura mediterránea conocida como “cimacio lésbico” (Ganzert 1983; Altekamp 1991; Almagro et al. 2015: 77). Se trata de una decoración de origen jonio, generalizada en el Mediterráneo desde el VI a.C., que Raubitscheck (1950: 15) ya definía como la unión de una moldura en *cyma*, especialmente *reversa* (con doble curva, la inferior cóncava y la superior convexa), con decoración consistente en ovas lésbicas caracterizadas por su aspecto apuntado y sobre todo por presentar –bien en relieve, bien incisa– una “ranura” central longitudinal.

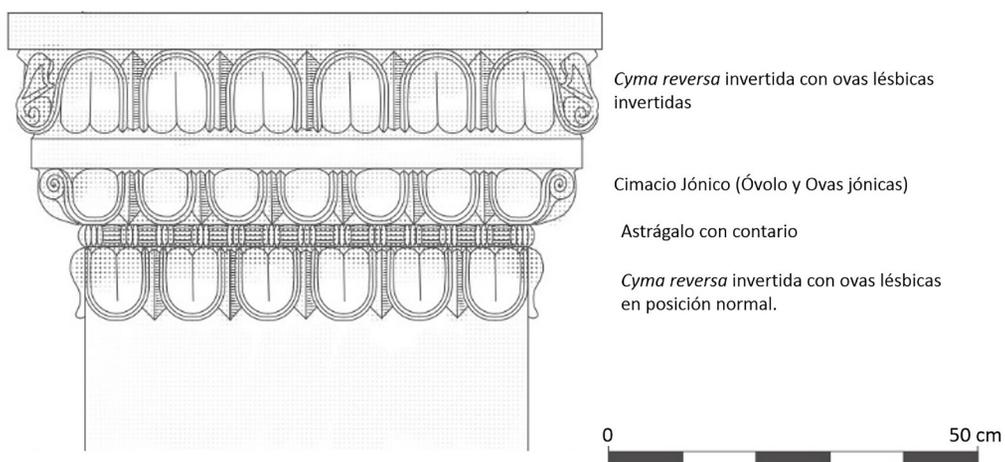


Fig. 5. Esquema con las decoraciones presentes en la parte superior del pilar: molduras con series de ovas (Dibujo: Marina Ballesteros)

Precisamente esta es la decoración que aparece en la parte superior del pilar-estela, una moldura asimilable a la *cyma reversa* –aunque en posición invertida– con una proyección ínfima y decorada con ovas lésbicas alternadas con dardos aristados y estrechos. Sobre ellas aparece una moldura de astrágalo en el que se desarrolla un contario, en este caso formado por la alternancia de una cuenta ovoide y gallonada con tres cuentas lenticulares. Como ya advirtió García y Bellido (1945: 91), mientras que en los casos Mediterráneos generalmente el contario se sitúa bajo las ovas, en el mundo ibérico lo habitual es encontrarlo sobre las mismas.

Sin embargo, donde estas decoraciones destacan es en la pieza superior, en ese elemento prismático definido por Lillo como una gola. En este caso estamos ante un baquetón compuesto que nace de la combinación y adaptación de dos molduras diferentes de claro abolengo helénico. La primera de ellas, la inferior, es un cimacio jónico, es decir, moldura en óvolo decorada con ovas jónicas. Las esquinas se decoran con un capullo de flor de loto (Mata *et al.* 2010: 112-113) que aparece en posición invertida sobre las volutas formadas por el desarrollo de la orla de la última ova de cada serie. Este detalle tan preciso halla su paralelo directo, también asociado al cimacio jónico, en una pieza procedente de Cabezo Lucero, datada a finales del siglo V a.C. o comienzos del siguiente (Aranegui *et al.* 1993: 75; Castelo 1995: n° A-172; Izquierdo 2000: 147).

La parte superior de este elemento se decora con un listel liso sobre el que aparece un cimacio lésbico, si bien en este caso su perfil ofrece una moldura de *cyma reversa* aunque en posición invertida. Las ovas son idénticas a las que aparecen en la parte superior del pilar, aunque difieren de estas en que vuelven a ofrecer remates florales en las esquinas y sobre todo en su orientación: como ocurre en prácticamente todos los baquetones del sureste decorados con esta moldura, las ovas aparecen en posición invertida, lo que parece ser un rasgo de la adaptación estilística de estas ovas al sistema arquitectónico ibérico. Ya Boardman (1994: 327) al analizar este capitel señalaba cómo esta combinación de ovas remitía al mundo griego aunque su morfología, factura y sobre todo orientación las alejaba de los ejemplares más canónicos. De hecho, es curioso mencionar que en el mundo del sureste solo aparecen en posición habitual cuando

figuran sobre elementos que no desempeñan la función arquitectónica de baquetón, como es el filete de la gola de Monforte del Cid o el pilar del monumento que nos ocupa. Estas adaptaciones de modelos escultóricos y decorativos de origen griego por parte de los iberos están bien documentadas en el área del sureste peninsular desde el siglo VI-V a.C. Así lo demuestran, entre otras piezas, las esfinges de Agost (Alicante) recientemente abordadas en profundidad por Teresa Chapa (2021).

En una de las escasas aproximaciones preliminares a las series de ovas en el mundo ibérico, Izquierdo (2000: 77) señalaba que el monumento de El Prado es el único de todo el repertorio ibérico conocido que combinaba tres registros de ovas. Lo habitual, como se aprecia en los casos que esta autora recogió (Izquierdo 2000: 77) es la presencia de un solo registro de estas decoraciones o a lo sumo dos, si se trata de baquetones compuestos o de golas que, como la de Monforte, presentan esta decoración en el baquetón y en el filete dejando la naca libre. Sin embargo, a estas tres molduras descritas se debe añadir una cuarta en la que no se había reparado hasta la fecha por su estado fragmentario.

En la esquina frontal derecha de la gola restituida como plinto se puede apreciar claramente el filete de esta pieza, de 3,5 cm de ancho, sobre el cual se conserva el arranque en relieve de una serie de ovas y sus respectivas orlas y dardos (fig. 6). Está claramente erosionada pero hay ciertos detalles que permiten ofrecer una restitución fidedigna: por la moldura que parece ser cercana a un óvolo (si bien está tan fragmentada que no se puede restituir su perfil), el desarrollo esférico de la ova entre las orlas y lo estrecho de los dardos, parece que se trata de un cimacio jónico. Es decir, de una moldura de óvolo decorada con ovas jónicas, prácticamente idéntica a la que ocupa la parte inferior del baquetón. Dada la fragmentación solo se conserva esta decoración en la esquina, pero lo cierto es que se desarrollaría igual en todo el perímetro de la gola.

Más allá de añadir una nueva serie de ovas al monumento, este dato parece indicar que, como señalaba Castelo (1995: 398) la gola se situaba sobre la parte superior del pilar, asentada sobre ese baquetón y no como plinto. Y es que si la moldura de gola del sillar y la decoración antropomorfa sembraban la duda sobre su correcta posición, las ovas parecen corroborar que esta pieza era el remate: la decoración de

un plinto con ovas es inusual en el contexto clásico mediterráneo y en el mundo ibérico no existe un solo paralelo para ello. Por el contrario, y como hemos apuntado, las ovas siempre se sitúan en relación con la nacela de gola, ya sea en el filete o en el baquetón y en casos muy

excepcionales decoran el cuerpo del pilar (Lillo 1990: 142; Page y García Cano 1993: nº 27; Almagro Gorbea et al. 2015: 72), pero nunca su base ya que esta es una decoración presente siempre en la parte superior.



Fig. 6. Detalle de los restos de ovas jónicas presentes en la esquina frontal izquierda del sillar de gola restituído como base y restitución gráfica de las mismas (Fotografía: Jesús Robles; Dibujo y montaje: Marina Ballesteros)

De hecho, la existencia de bases o plintos de monumentos decorados en el mundo ibérico no es habitual en absoluto, pues solo se puede citar el caso de la gola que desempeña tal propósito en la restitución actual del pilar-estela de la Daya Nueva (Varela 2000; De Gea 2008) y con todo, no hay seguridad de que esas golas no fuesen parte del remate de dicho monumento o de otro análogo.

De esta manera tendríamos un monumento con ovas en la parte superior del pilar, en el baquetón de la gola y en el filete de la misma pieza. Es destacable el hecho de que los registros de los dos tipos de ovas (jónica y lésbica) se alternen en altura y que incluso las ovas lésbicas presenten orientaciones contrarias en uno y otro registro, algo que no sucede con las jónicas que se mantienen en posición habitual tanto en el baquetón como en el filete.

Por último, cabe señalar que, además de aportar nueva información al debate sobre el pilar-estela que nos ocupa, este dato puede resultar de gran interés para reflexionar sobre la existencia de hornacinas con relieves antropomorfos en necrópolis del sureste peninsular. Este tipo de monumento fue defendido principalmente por Castelo (1995: 314), en base a una serie de fragmentos de Cigarralejo y Cabecico del Tesoro que presentan una moldura, en ocasiones decorada, sobre la que aparecen altorrelieves antropomorfos,

principalmente restos de brazos. Sin embargo, el reestudio de algunas de estas piezas ha permitido catalogarlas como sillares de gola con decoración antropomorfa, provocando que la propuesta de Castelo resulte más improbable (Almagro Gorbea 1987: 257; Izquierdo 2000: 38).

Aun así, existen algunas piezas de difícil interpretación que según algunos autores (Izquierdo 2000: 38, nota 6) podrían mantener abierta la posible existencia de estas hornacinas. Una de las más debatidas ha sido la pieza conservada en el Museo Arqueológico de Murcia (nº S. 119/49) procedente de Cabecico del Tesoro (fig. 7) para la que ya Nieto (1947: 179) propuso la función de hornacina y de hecho actualmente en dicho museo se expone como si fuera parte de una de ellas, con una orientación inversa a la que pensamos que fue la original, con la que la hemos reproducido en la figura 7.

Esta pieza ofrece un relieve de una mano sujetando una paloma que se desarrolla bajo un cimacio jónico. Los nuevos datos del monumento de El Prado parecen sugerir que no se trataría de una hornacina, sino del paralelo arquitectónico más directo para el remate del edificio que estudiamos. En otras palabras: se trataría de un fragmento correspondiente a la parte superior de una gola con decoración antropomorfa decorada con ovas como la aquí presente.



Fig. 7. Fragmento de gola con altorrelieve antropomorfo de Cabecico del Tesoro tradicionalmente restituído como un fragmento de hornacina (Museo Arqueológico de Murcia, nº S. 119/49; Fotografía: autor)

2.2. Volutas arquitectónicas

El segundo dato analizado se refiere de nuevo al sillar de gola, pues hemos reparado en que hacia la parte central de sus lados cortos existen tallados, aunque bastante erosionados, unos apéndices de sección rectangular. Estos nacen cerca de la base menor del sillar –que sería la inferior al restituirlo como gola– y discurren hacia la parte superior de la nacela, generando una curva que envuelve el cuerpo de las damitas a la altura de las rodillas. El de un lateral presenta 10 cm de anchura en su arranque y alcanza los 11,5 cm máximos y el del otro, más erosionado, ofrece 8,75 cm en su arranque y alcanza los 10,5 cm (fig. 8).

En su restitución gráfica del pilar, Lillo (1990: fig. 145) ya reconstruye estos elementos y lo hace como una especie de apéndice que simplemente sale de la base del sillar y queda por encima de la base de las damitas.

Estos elementos aparentemente carecen de sentido iconográfico, pues no son parte de las figuras humanas aquí presentes, ni tampoco ofrecen motivos en su superficie. Carecen también de un sentido funcional estricto, pues aunque pudiera parecer que sujetan dichas esculturas para evitar su caída, no podemos olvidar que estas son altorrelieves y no figuras exentas y que estos apéndices aparecen exclusivamente en los lados cortos de la gola y no en los dos restantes donde, recordemos, también aparecen damitas. Únicamente cabría pensar en que se trata de un intento de hacer más fuerte la gola para soportar un remate escultórico del que no tenemos un solo indicio. Esta solución resulta poco plausible por lo mismo: figura solo en dos laterales

y además, en los paralelos mejor conservados como Coimbra del Barranco Ancho y Corral de Saus, donde sí se conservan los remates escultóricos, no hay indicios de algo similar.

Dado su improbable carácter funcional y su nula relación iconográfica con las figuras de las damitas, se abre la hipótesis de que se trate de otro elemento de decoración arquitectónica, concretamente del arranque de posibles volutas de gola. Estas son bien conocidas en la arquitectura monumental ibérica (Almagro Gorbea 1983b: 248-262; Castelo 1995; Izquierdo 2000: 74; Prados 2011: 196), tratándose de volutas que nacen de las nacelas y quedan en altorrelieve, decoradas por ambas caras y en ocasiones también en el canto.

En los casos conocidos de sillares de gola con estos elementos decorativos, como son el pilar-estela de Coy (Almagro Gorbea 1988) o el de La Daya Nueva (De Gea 2008: 22), así como otros restos más fragmentarios de Cigarralejo (Cuadrado 1984: 258; Castelo 1995: 35) o El Monastil (Izquierdo 2000: 143; Poveda 2015: 89) se observa que estas volutas nacen de la arista de la nacela. Es decir, cubren las cuatro esquinas del monumento, lo que difiere de las aquí presentes que no se sitúan en las esquinas sino justo en el centro de los lados cortos del capitel.

No obstante, esto no impide que estos apéndices sean parte de volutas de gola, pues muchas de las piezas catalogadas como tal están tan fragmentadas que no presentan indicios sobre su ubicación en el sillar, ni tan siquiera sobre su vinculación a sillares de gola. Si bien esto último es lo que se supone para dichos fragmentos, hay que considerar otras posibilidades

de restitución de estos elementos, sobre todo teniendo en cuenta hallazgos recientes como el sillar recuperado en las excavaciones del Cerro de la Merced (Cabra, Córdoba) (Quesada *et al.*

2021: 42). En este enorme sillar, las volutas en altorrelieve no aparecen en las esquinas, sino en su cara frontal, partiendo además de arranques similares a los aquí visibles.



Fig. 8. “Apéndices” ubicados sobre el cuerpo de las damitas en los lados cortos del monumento (superior) y detalles de los mismos (inferior) (Fotografía: autor)

A esto se puede añadir que, en nuestro caso, de colocarse en las esquinas, las volutas taparían los rostros y las cabezas de las damas. Hay que considerar además el hecho de que este monumento no tiene todos sus lados iguales, sino que existen lados largos y cortos. Es decir, aunque como todos los pilares-estela el monumento se plantea visible desde todas sus caras, pudo jugar con las diferentes dimensiones para resaltar unas caras frente a otras. Precisamente, al quedar las volutas en los lados cortos, la visibilidad óptima de este detalle sería tomando los lados largos como cara frontal del mismo (fig. 9). Además, al situarse por encima de las rodillas de las damitas y avanzar hacia el límite de la nacela, las figuras antropomorfas no interrumpen la visibilidad de este elemento.

En cuanto a las características de esas volutas poco o nada se puede añadir, ya que solo queda el fragmento de relieve desde el que estas arrancan. Recordemos que el ancho de sus apéndices es cercano en ambos casos a los 11 cm, una dimensión que se integra perfectamente en la anchura media que ofrecen los cantos de volutas de gola procedentes del mundo ibérico

que oscilan entre los 5 y los 16 cm. De hecho, se pueden citar aquí algunos ejemplares con medidas análogas, como una de Alcantarilla (Lillo y Serrano Várez 1989: 85-86) con 10,86 cm, de El Monastil (Poveda 2015: 90 con bibliografía) de 11 cm de anchura máxima u otra de Corral de Saus (Izquierdo 2000: 279) con 12 cm de anchura. Este criterio métrico parece indicar también que, efectivamente, el elemento aquí presente sería una voluta de gola.

Ahora bien, no sabemos si se trata de volutas simples o de volutas dobles (Almagro Gorbea 1988: 126; Izquierdo 2000: 111), es decir, si el elemento incluye una sola voluta o si se forma por la contraposición de dos de ellas. Ambos tipos se documentan en el sureste, si bien el tipo más abundante y canónico es el primero, formado por las vueltas de una sola cinta marcada –bien con relieve, bien con incisión– en ambas caras, mientras que el canto puede quedar liso o decorarse profusamente como vemos en el mencionado ejemplar de Alcantarilla o en otro muy fragmentario de El Cigarralejo (Cuadrado 1984: 256 y ss.; Izquierdo 2000: Murcia nº 29).

La presencia de estas volutas y el estudio de la posición de las mismas en otros monumentos ibéricos donde sí se conservan apuntan en el mismo sentido que lo propuesto en el punto

anterior: muy probablemente, este sillar era el remate en forma de gola y no el plinto, ya que las volutas son un elemento arquitectónico que siempre figuran en la parte superior del edificio.

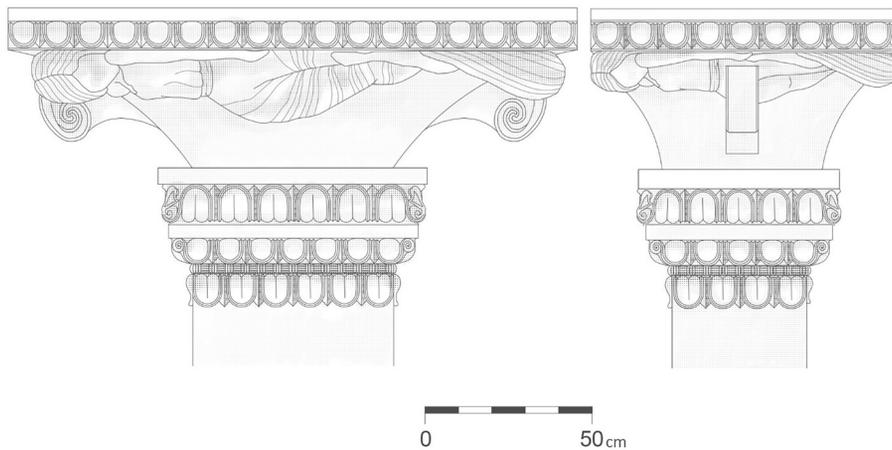


Fig. 9. Vista lateral y frontal del capitel del pilar-estela restituyendo la nacela de gola como remate e incorporando las nuevas decoraciones (Dibujo: Marina Ballesteros)

Esto permite explicar incluso el hecho de que solo se conserve el arranque de las mismas, ya que al ser elementos frágiles que sobresalen del pilar, situados además en la parte más alta del mismo, se vieron afectados por la caída del monumento e incluso por la reutilización posterior.

2.3. ¿La base del pilar?

Al situar, de acuerdo con los datos presentados, la gola en la parte superior, el monumento queda ahora sin una base o plinto sobre el que asentarse. Es evidente que el pilar-estela tuvo que tener este elemento fundamental pero quizá –como pudo ocurrir con ese hipotético remate escultórico– se perdió en la caída del monumento y posterior reutilización.

Sin embargo, aquí cobra importancia un último elemento presentado por Lillo (1990: 143) en el que no se ha reparado lo suficiente y que hasta la fecha no hemos podido localizar en los fondos del Museo Arqueológico de Jumilla: una gran losa de calcarenita. Tampoco Lillo ofreció documentación gráfica sobre la pieza, más allá de un dibujo esquemático de su restitución (Lillo 2001-2002). Nuestras únicas referencias proceden por tanto de la descripción ofrecida por dicho autor y de una fotografía cedida por José Miguel García Cano y Virginia Page del Pozo, en la que se aprecian todos los fragmentos recuperados en la excavación de El Prado, estando los restos de esta losa entre ellos (fig. 10).

Lillo describe esta pieza como una gran losa de calcarenita fragmentada intencionalmente en tres grandes trozos (...). Una vez armada la gran losa de 170 cm de longitud y de 90 cm de anchura, con un espesor de 15 cm mostró su forma rectangular alargada (...). La gran plancha de piedra posee en la parte inferior sendas muescas en forma de cola de milano, indudablemente para encajar en ellas la grapa de plomo que sujetaban la pieza a su base de asentamiento. (Lillo 1990: 143).

La interpretación que este autor hace de la misma es la de servir como mesa de ofrendas al relacionarlo con altares púnicos arcaicos (Lillo 1990: 155) o las mesas funerarias o *trapezas* griegas (Lillo 2001-2002: 145). Sin embargo, en el mundo ibérico faltan paralelos para este tipo de estructuras –menos aún asociadas a monumentos– y la presencia de mortajas de grapas en su superficie indican que es un elemento arquitectónico relacionado con el resto del conjunto. Así pues, atendiendo a sus dimensiones de 170 x 90 cm y 15 cm de altura, es posible que esta pieza fuese parte de la basa o plinto del monumento.

En el mundo ibérico no son demasiados los plintos de pilares-estela conocidos, se pueden citar algunos con un filete o resalte sobre el que se asienta el cuerpo del pilar, como son el ejemplo de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1994: 184) de 40 cm de altura o el de Corral de Saus (Izquierdo 2000: 285) con 34,5 cm. No obstante, de este último yacimiento proceden otros ejemplares con dimensiones reducidas, de 5 y 6 cm de altura (Izquierdo 2000: 286)

más cercanas al caso aquí presente. También cabe considerar aquí el plinto del pilar-estela de Monforte del Cid, elaborado en varias piezas y

con un grosor muy cercano a esta losa, de 21 cm (Almagro Gorbea y Ramos 1986: 263).



Fig. 10. Elementos hallados en El Prado expuestos tras su exhumación (Archivo personal de José Miguel García Cano y Virginia Page del Pozo; Montaje: autor).

En nuestro caso, a modo de hipótesis, se puede proponer un tipo de base diferente, muy probablemente escalonada y formada por la superposición de losas como la presente. La existencia de grapas en la pieza indica que quedaría unida a otras similares en la horizontal—recurso que se emplea, por ejemplo, en la citada base de Coimbra del Barranco Ancho—por lo que se uniría a una pieza igual conformando así una superficie cuadrada con proporción cercana al 1:1, de 170 x 180 cm. Otra posibilidad es que, de acuerdo con la forma del monumento, la base fuese también rectangular y no cuadrangular.

Es seguro que este pilar-estela debió contar con dicho elemento, una base o plinto, pero lo cierto es que no podemos afirmar rotundamente que sea esta pieza por la falta de información al respecto que ya hemos comentado y que no permite estudiar su morfología, superficie y disposición de las mortajas de grapas. Sin embargo, lo cierto es que si se vincula esta pieza con el resto del conjunto, un elemento de este tamaño y con esas huellas de elementos constructivos sólo podría ser la base del pilar-estela.

Otra posibilidad a considerar, aunque de nuevo de difícil comprobación, es que esa pieza no fuese parte del pilar-estela sino que perteneciese a otro monumento distinto. Es preciso tener en cuenta esta propuesta porque la tendencia tradicional historiográfica consis-

tente en agrupar en un solo monumento todos los restos arquitectónicos hallados en un yacimiento está siendo cada vez más discutida y donde antes se proponía la existencia de un solo edificio, ahora se propone la existencia de varios de ellos (García Cardiel y Olmos, 2021).

Si bien no se puede descartar totalmente esta última propuesta, el hecho de que todos los restos reutilizados en dicho abrevadero sean coherentes en la restitución de un único edificio y que no se haya documentado el plinto, hacen más probable a nuestro juicio que esta pieza fuese parte del conjunto y desempeñase dicha función arquitectónica.

3. Algunas consideraciones sobre la cronología y el contexto

La restitución del pilar-estela no es el único aspecto del edificio que ha sido fruto de divergencias entre autores, sino que su cronología ha dado fruto a algunas discusiones. El único elemento de datación fiable son los fragmentos cerámicos aparecidos sobre el pavimento situado en torno a la construcción en la que se reutilizaron estas piezas (*vid. infra*). Se trata de cerámica ibérica³ que por sus pastas y decoraciones resulta análoga a la que aparece en la fase final del Poblado de Coimbra del Barranco Ancho y permitió a Lillo (1990: 143) ofrecer una fecha *ante quem* al monumento de finales del siglo III a.C. o comienzos del II

a.C., fecha en la que, como ya se ha comentado, este monumento fue reutilizado.

Sobre esta base y motivado por el criterio estilístico, su excavador propuso que el monumento se erigió a mediados del siglo V a.C. o ya en la segunda mitad de dicha centuria (Lillo 1990: 157). En cambio, Almagro Gorbea (1986: 226) propuso que los pilares-estela de tipo “Corral de Saus”, como este, se desarrollaron a finales del siglo VI a.C. o comienzos del V a.C., como fruto de los impulsos focenses situables en el horizonte de la “crisis del 500 a.C.” (Almagro Gorbea *et al.* 2021). Recientemente, Prados (2011: 197 a.C.) ha sugerido un rebaje de la cronología de este monumento y sus paralelos a finales del siglo IV a.C. o comienzos del siglo III a.C., por ser estos los momentos en los que se produce el apogeo de la imagen humana en piedra en el mundo ibérico y por comparación con el discutido monumento de L’Horta Major (Almagro Gorbea 1982; *vide contra* González Villaescusa 2001: 288 y ss.).

En toda esta discusión, el autor que a nuestro juicio más se acerca a la datación del monumento es García Cano (1994: 192-194) pues además de basarse en el estilo de las esculturas, consideró el contexto arqueológico de esta tipología de monumentos, lo que le permitió llegar a una serie de conclusiones fundamentales para la datación de los pilares-estela de esta serie. Una de ellas fue que en la necrópolis de “Corral de Saus” no hay ajuares anteriores al 400 a.C., algo que corroboró posteriormente Izquierdo (2000:157 y ss.) en su estudio sobre la necrópolis. Esta autora además pudo comprobar que los sillares que aparecían reutilizados lo hacían en la segunda fase de la necrópolis, en sepulturas del siglo III-II a.C. Una circunstancia análoga se repite en la necrópolis del Cigarralejo, donde tampoco existen ajuares anteriores al inicio del siglo IV a.C. y la reutilización de las piezas escultóricas se concentra además en los tres primeros cuartos de esa misma centuria (García Cano 1994: 193; Page y García Cano 1993: 58). Esta misma cronología se da en Cabeico del Tesoro (Page y García Cano 1993: 58) donde ya Quesada (1989) señalaba que los monumentos fueron destruidos a mediados del siglo IV a.C. A todo ello se añade el caso del pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho, cuya pertenencia a la tumba 70, datada a mediados del siglo IV a.C. y cuya reutilización para salvar un desnivel topográfico a finales de dicha centuria (García Cano 1994: 192-193) apunta de nuevo al siglo IV a.C. como desarrollo de estos monumentos.

En definitiva, si al análisis estilístico se incorpora el estudio de los contextos arqueológicos de

las piezas que pertenecen a estos pilares estela, el cronograma (fig. 11) refleja que la vigencia de los monumentos de tipo “Corral de Saus” parece concentrarse hacia la primera mitad del siglo IV a.C., con algunos ejemplares más tardíos como el de Coimbra del Barranco Ancho. García Cano (1994: 193) reconocía la dificultad de establecer una cronología relativa para pilares de esta serie, si bien señalaba que el de El Prado fue el primero de la misma, ofreciendo así una datación para este del 425-400 a.C.

Sin embargo, en vista de la datación de los paralelos existentes, nada impediría señalar que es posterior al 400 a.C., desarrollándose quizá en la primera mitad del siglo. Como se ha visto, este es el momento en el que se generaliza este modelo de pilar-estela y, en el sureste, las nacelas con decoración antropomorfa y las series de ovas que hemos estudiado con anterioridad. Esta generalización parece ser producto de un posible taller escultórico que, durante el siglo IV a.C., atendiese las demandas de la aristocracia en torno al Segura (García Cano 1994: 193; Chapa e Izquierdo 2012) o en su defecto de varios talleres que, en esta centuria se influenciarían mutuamente e intercambiarían rasgos arquitectónicos e iconográficos, dando así lugar a un modelo regional y compartido (Almagro Gorbea 1987: 228; Izquierdo 2000: 311).

Ciertamente, al ser las fechas de estas piezas *ante quem* cabe la posibilidad de que los monumentos de este tipo fuesen anteriores al desarrollo de las necrópolis en las que aparecen y por ende su cronología pudiera resultar más temprana a la de las primeras tumbas documentadas. Sin embargo, cabe considerar un interesante detalle crono-estilístico que se relaciona con las series de ovas lébicas: como señaló Ganzert (1983: 160) en el Erectheion (421-406 a.C.), se emplea por primera vez una novedad que caracterizará las ovas lébicas de Grecia Continental desde finales del siglo V a.C. en adelante. Esta consiste en que el interior de las ovas es convexo y enmarcado por una gruesa orla, es decir, el motivo de la ova no queda vaciado o cóncavo como se puede apreciar en los casos minorasiáticos. Todas las ovas lébicas documentadas hasta la fecha en el mundo ibérico, entre las que se ubican las de este pilar, son convexas. Este detalle sugiere que la datación de estas decoraciones difícilmente sería anterior a la cronología de dicho edificio griego, algo que encaja muy bien con los datos contextuales de estas piezas.

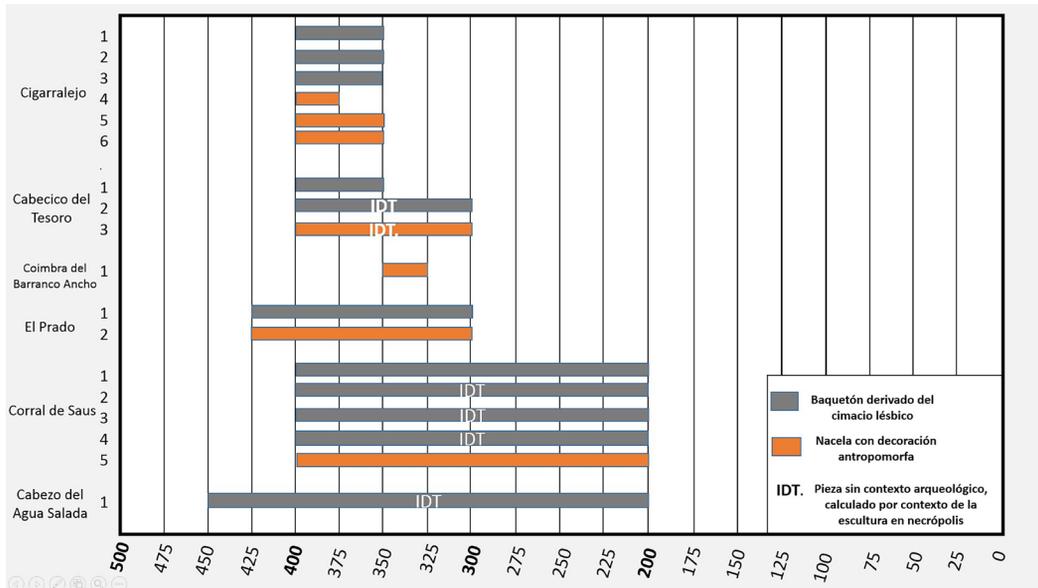


Fig. 11. Distribución cronológica de restos pertenecientes a pilares-estela de este tipo. Cigarralejo: 1– Museo de Arte Ibérico del Cigarralejo, nº 5203; 2– ídem; nº 5030bis; 3– ídem; s/n (Castelo 1995: 119, nº MU-49); 4– ídem, nº 1029; 5– ídem; nº 1167; 6– ídem, nº s/n (Castelo 1995: 119 nº MU_68). Cabecico del tesoro: 1– Museo Arqueológico de Murcia, s/n (Izquierdo 2000: nº Murcia 45); 2– Ídem, nº 411/2. 3– Museo Arqueológico de Murcia. Coimbra del Barranco Ancho: 1– Museo Arqueológico Jerónimo Molina, nº COI-NB 299/4933 El Prado: 1– Museo Arqueológico Jerónimo Molina, s/n. 2– Ídem, s/n. Corral de Saus: 1– Museo de Prehistoria de Valencia, nº 13576; 2– ídem, nº 13578; 3– ídem, nº 13778; 4– Museo de Moixent, s/n (Izquierdo 2000: Valencia, nº 9); 5– Museo de Prehistoria de Valencia, nº 13581/2. Cabezo del Agua Salada: 1– Museo Arqueológico de Murcia (nº DA/1994-004).

3.1. El contexto de aparición y la doble reutilización del monumento

Si en los otros casos además de contar con una fecha *ante quem* para las piezas se podía establecer una datación *post quem* en función de la cronología de desarrollo de la necrópolis, en el caso de El Prado esto es más complicado. Esto se debe a que los elementos del monumento no se reutilizan en un contexto de necrópolis o poblado, sino alejado de otros núcleos ibéricos. De hecho, cabe recordar que el monumento no se halla en excavaciones de dicha cronología, sino en las del yacimiento eneolítico de El Prado (Lillo y Walker 1984; Lillo 1990: 137).

Profundizando ahora en su reutilización, cabe señalar que las piezas del monumento, ya fragmentadas, se localizaron en el estrato II, un compacto de *gley* localizado bajo el Estrato I o superficial (Lillo 1990: 139), lo que tampoco ayuda a ahondar en su cronología pues de acuerdo con su excavador se trata de un estrato bastante alterado por maquinaria agrícola y con material revuelto. Como ya hemos adelantado, estas se habían colocado en el interior de una fosa, donde formaban dos hiladas parale-

las en sentido norte-sur, separadas 35 cm entre sí. Los extremos de ambas hiladas se conectaban mediante dos muretes laterales elaborados con argamasa de barro, arena y cal (Lillo 1990: 140).

De esta manera se define un espacio cerrado de 2,7 m de largo, 35 cm de ancho y unos 60 cm de profundidad impermeabilizado en su interior con argamasa de barro. En la parte posterior de cada una de las hiladas aparece una serie de mampuestos que por su disposición parecen apuntalarlas, rellenando así el resto de la fosa. Este espacio delimitado por los restos monumentales e impermeabilizado se encontraba además parcialmente tapado, ya que sobre él se habían dispuesto en sentido transversal (este-oeste) y cerca de los extremos laterales, dos grandes ortostatos de 180 y 170 y 59 y 70 cm de ancho respectivamente (Lillo 1990: 143) (fig. 12)⁴. Por último, cabe mencionar que hacia el sur de este conjunto aparece un pavimento formado por una serie de guijarros dispuestos sobre un lecho arcilloso.

La interpretación que Lillo (1990: 157) hizo de este espacio fue la de un “abrevadero” ritual, relacionado con cultos y ritos de aguas, en el

que se habían reutilizado estas piezas como reliquias. Cabe llamar la atención, como ya hicieron otros autores (Prados 2011: 189) sobre la repetida reutilización de monumentos ibéricos en estructuras relacionadas con el agua. Tal es el caso de algunas esculturas de Camino del

Río (Monforte del Cid, Alicante), reutilizadas en una balsa similar a la aquí presente (Molina Mas 2020: 41) o el monumento turriforme del Parque Infantil de Elche reusado en una villa rústica romana con un gran aljibe (Ramos Fernández y Ramos Molina 1992: 21-22).

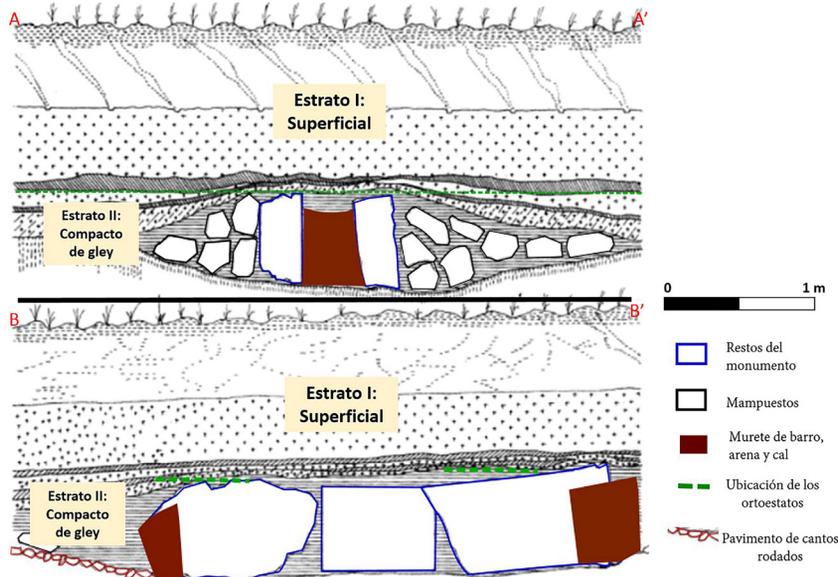


Fig. 12. Sección transversal (superior) y del lateral noroeste (inferior) de la estructura en que se reutilizan las piezas, con la indicación de los estratos de acuerdo con Lillo (1990). Se ha reescalado y restituido la posición de los ortostatos y de los muretes que delimitan el monumento, no representados en el dibujo original (Realización propia a partir de Lillo 1990: fig. 1).

Generalmente, por su aspecto y la ocasional presencia de cerámica fragmentada en torno a las mismas, estas estructuras se han vinculado a cultos agrarios relacionados con el agua en los que la reutilización de estos fragmentos adquiere especial relevancia (Lillo 1990: 160-161; Molina Mas 2020: 59). Sin embargo, es posible considerar que algunas de ellas fuesen simplemente estructuras de uso cotidiano o agrícola, como balsas y abrevaderos situados junto a cañadas, como vemos en el caso estudiado. Esta reutilización parece implicar que los monumentos han perdido todo su sentido simbólico (Chapa y Belén 2012: 170), aunque es posible que, a pesar de integrarse en estructuras cotidianas, estas reutilizaciones se realizasen con cierta intención simbólica o relacionada con la memoria. Precisamente, esa combinación de simbolismo y pragmatismo en las reutilizaciones de elementos arquitectónicos ha sido explicada recientemente por Rous (2019) en el desarrollo del marco teórico del término *upcycling*, acuñado por dicha autora para explicar reutilizaciones escultóricas en la antigua Atenas. Sin embargo, somos conscien-

tes de que esta es una cuestión sobre la que se tendrán que desarrollar futuros estudios en profundidad.

Por último, en lo relativo a este estanque, cabe señalar que, como se puede ver en la fig. 13, el monumento parece seguir un orden en la reutilización de sus elementos: comenzando por la hilada superior de izquierda a derecha, se encuentra la nacela, el baquetón, la parte superior del pilar, continuando en la segunda hilada de derecha a izquierda por la parte inferior del pilar y la posible base del monumento.

Esta reutilización que, como hemos dicho, se produjo como tarde a finales del siglo III a.C. fue el destino final de las piezas que integran el monumento. Sin embargo, parece que este edificio pudo tener una restitución anterior, ya que en una de sus caras se distingue una inscultura conformada por una cazoleta de 7 cm de diámetro vinculada a tres menores mediante leves canalillos (fig. 14). En la parte inferior de esta misma cara, el monumento aparece deteriorado e incluso parece haber sido burilado con un elemento metálico.

Hernández Carrión y Lomba (2006: 16) ya repararon en la presencia de estas insculturas en uno de los lados largos del monumento, si bien señalaron que –como es habitual– serían anteriores al mundo ibérico y se encontraba ya sobre el bloque empleado como pilar en la construcción. La propuesta es sugerente, pero se ha podido comprobar que el canalillo que sale hacia la parte superior del pilar rompe el relieve de uno de los dardos de la moldura superior de este bloque (fig. 15), dato que indica que dicho trazado fue posterior a la talla de dicho bloque.

Es cierto que estas insculturas, verdaderamente abundantes en el área de Jumilla-Ye-

cla, se adscriben en su mayoría a la Edad del Bronce, aunque en su estudio de las mismas, Hernández Carrión y Lomba (2006) señalaban la existencia de algunos ejemplares de cronología ibérica e incluso posterior. Ya sea con sentido funcional o simbólico, estas se sitúan siempre en relación con cañadas vinculadas al pastoreo y rutas ganaderas (Hernández Carrión y Lomba 2006) como es este camino de Santa Ana en el que apareció el monumento. La inscultura aquí presente parece ser uno de esos escasos ejemplares de época ibérica documentados en Jumilla que indicaría la continuidad de estas prácticas (Hernández Carrión: com. pers.)

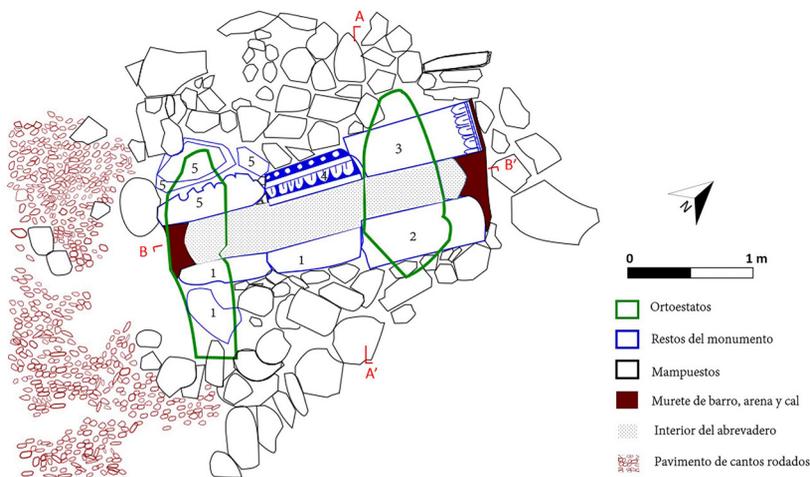


Fig. 13. Planimetría de la reutilización del hallazgo del monumento de El Prado con indicación de los diversos elementos en ella presentes. Se observa la reutilización ordenada de las diferentes partes del edificio: 1-Tres fragmentos de la base 2- Parte inferior del pilar 3- Parte superior del pilar 4-Baquetón 5- Fragmentos de la gola (Realización propia a partir de Lillo 1990: fig. 2)

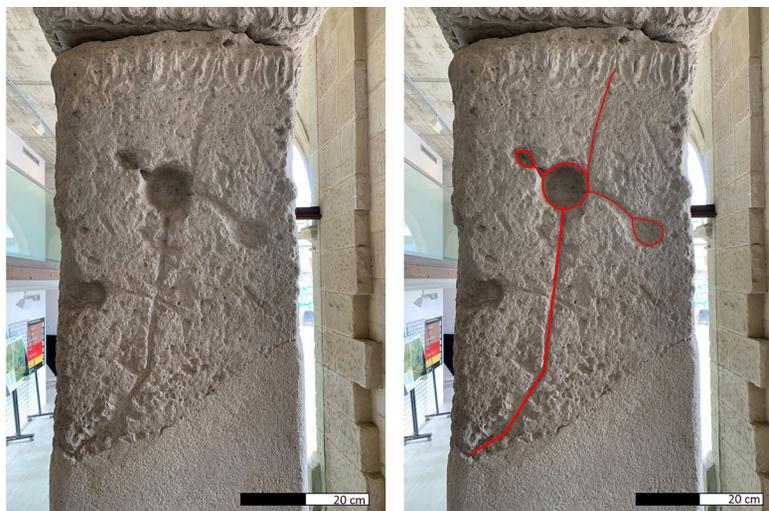


Fig. 14. Cara trasera del pilar con detalle de la inscultura e indicación de su trazado (Fotografía: autor)

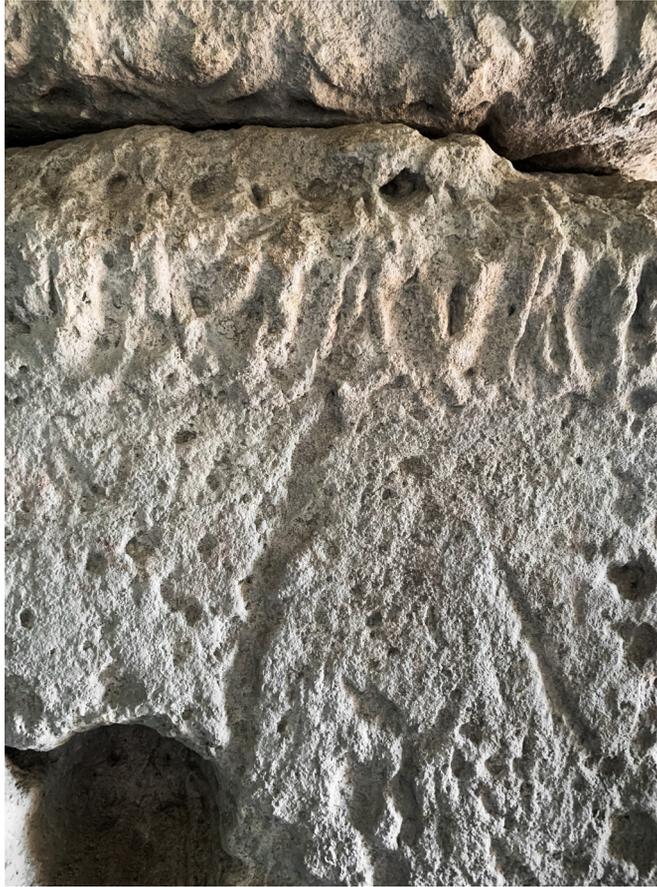


Fig. 15. Fotografía de la insculptura en la que se puede ver cómo el canal que sale hacia la parte superior rompe la decoración del pilar

Si se recurre a la documentación gráfica del hallazgo se puede observar que en ese estanque o abrevadero, el monumento descansaba sobre sus lados cortos, lo que provoca que la cara de la insculptura quede mirando hacia el interior del estanque, en posición vertical y cubierta por el barro que impermeabilizaba esta estructura. Esto indica que la insculptura no pudo realizarse una vez reutilizada la pieza en esta estructura como cabría suponer, ni tampoco era funcional –pues quedaba en posición vertical y no horizontal– y ni siquiera visible en esa posición. En otras palabras, esta cazoleta se realizó con anterioridad a la reutilización en esta balsa o abrevadero, en un momento en el que el pilar estaba apoyado sobre el lado largo opuesto a esta cara, de modo que esta fuese la superficie horizontal superior en la que se grabó este motivo.

Finalmente, cabe añadir que de acuerdo con Lillo (1990: 139) uno de los ortostatos que cubrían este estanque presentaba también cazoletas y acanaladuras. El dato es significativo, aunque debido a la falta de la documentación

gráfica se desconoce si las insculpturas se realizaron con carácter previo y fueron depositadas con estos restos sacros en esta estructura o, aunque menos probable, si por estar en la cara superior, y teniendo en cuenta la amplia cronología de estas manifestaciones en Jumilla, fueron realizadas una vez que ya se había formado ese abrevadero.

3.2. Ubicación y función del monumento

En ese abrevadero se reutilizaron la totalidad de los restos que conforman el pilar, a excepción del hipotético remate escultórico que pudo no existir. Esto es un dato muy significativo pues indica que el emplazamiento original del monumento no debe encontrarse lejos de aquí, ya que las piezas no se han desperdigado a lo largo de los siglos, sino que el conjunto se mantuvo unido hasta su reutilización. Esto supone en cierto modo un problema, pues como ya dijimos, el edificio se encontraba “aislado” en el paisaje, sin poblados o necrópolis inmediatamente cercanas.

Así pues, para tratar de explicar el contexto espacial de este monumento se han propuesto varias hipótesis. Una de ellas es que este edificio tenía como destino final alguna de las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho, pero que extrañamente se abandonó en el llano durante su transporte y no llegó a instalarse en el mencionado cementerio (García Cano y Page 2011: 171; Ramos Martínez 2017: 229). Por la riqueza de dichas necrópolis y la presencia de un pilar-estela similar en la del Poblado, la hipótesis resulta muy sugerente, aunque el abandono al completo de un monumento de estas características, ya finalizado y sin reaprovechar sus elementos ni siquiera como materia prima, resulta poco probable, más aún cuando aparece en un contexto espacial tan relevante como El Prado (*vid. infr.*).

Esta propuesta introduce además otra dificultad en tanto que implica el traslado del monumento totalmente acabado –e incluso montado– desde el lugar de producción hasta su lugar de erección. Sin embargo, parece más razonable proponer que estos eran trasladados por partes, sin acabar de tallar e incluso someramente esbozados, para ser finalizados y montados allí donde el edificio se erigiría. Este es el procedimiento de trabajo habitual documentado en el Mediterráneo Antiguo en general y en el mundo ibérico en particular (Gagnaison *et al.* 2007; Chapa *et al.* 2009: 165 con bibliografía).

Otra propuesta es la que ofrece Lillo (1990: 136) quien lo sitúa en relación con la necrópolis ibérica de El Pasico de San Pascual, yacimiento situado a 1,14 km del lugar de hallazgo del monumento (fig 1.4), siguiendo hacia el norte la actual carretera de Santa Ana (Molina y Molina Grande 1973: 152). En esta necrópolis se halló fortuitamente una urna de incineración con orejetas, datable en el siglo VI a.C. (Molina 1978). No obstante, años después, y motivada por la construcción de la Estación Transformadora, se llevó a cabo una intervención arqueológica que permitió descubrir los límites de esta necrópolis en la que se localizaron 23 sepulturas datables entre finales del siglo V a.C. y principios del IV a.C. (Ramos Martínez 2007). Aunque los datos no han sido publicados aún en detalle, su excavador concluye, por el número de sepulturas y su escasa riqueza, que no estamos ante una gran necrópolis ibérica como la de El Poblado, sino ante una de mucha menor entidad. Este cementerio se vincularía a un asentamiento rural de los

que se emplazan en este valle y que dependería quizá de Coimbra del Barranco Ancho, lo que explica su escasa extensión y el menor poder adquisitivo que refleja (Ramos Martínez 2007: 81; Ramos Martínez 2018: 85-86).

Este contexto de necrópolis y su cercanía cronológica a la fecha propuesta para el pilar-estela, podría indicar que este fue el lugar donde originariamente se levantó el monumento estudiado. No obstante, la escasa riqueza y la poca entidad e importancia de la necrópolis parece contrastar con la monumentalidad que ofrece este edificio: las tumbas ni siquiera tienen un encachado de piedra y la cerámica ática tiene menos de un 10% de representación en las mismas (Ramos Martínez 2007: 81). A esto debe añadirse la significativa distancia entre el lugar de hallazgo del monumento y esta necrópolis, ya que, si procede de allí, habría que asumir que para su reutilización el monumento fue transportado en bloque durante 1,14 km.

Una última hipótesis es que el monumento se encontrase exactamente donde fue reutilizado o a escasos metros de ahí, explicando así que las piezas se mantuviesen juntas. En este sentido, como hemos dicho, el edificio no se ubica en un contexto de necrópolis o poblado, aunque en su aparente aislamiento, guarda relación con una serie de elementos. En primer lugar, se relaciona con las vías de comunicación, ya que se sitúa en el margen de la actual carretera de Santa Ana, que fosiliza el camino principal para cruzar este valle, punto fundamental en las vías de comunicación desde el sureste hacia el interior por la Rambla del Judío. De hecho Lillo (1990: 160) ya indicaba que este lugar para época ibérica (...) es un paso obligado entre emplazamientos próximos entre sí.

Por otro lado, es manifiesta su vinculación al agua, ya que como hemos dicho se trata de una zona pantanosa en la que confluyen las ramblas procedentes de Cabezo de La Rosa, Sierra del Carche y Sierra del Buey (Molina y Molina Grande 1973: 172). Esta relación entre monumentos y cursos de agua, ha sido señalada ya por diversos autores (p.ej.: Izquierdo 2007: 88; Prados 2011: 201; Chapa y Martínez Navarrete 2020: 332 y ss.) y parece ser algo que se replica en este caso.

Finalmente, y en relación con lo anterior, se vincula directamente con el territorio y la explotación de recursos: el monumento se emplaza en las tierras de explotación agropecuaria vinculadas a Coimbra del Barranco Ancho, pobla-

do con el que guarda una marcada relación de intervisibilidad (Ramos Martínez 2018: 75-76). Además, en este llano, como ya hemos dicho se encuentran alquerías y asentamientos rurales que dependerían de ese *oppidum* principal. Con ello, se puede señalar incluso que este monumento desempeñó alguna función demarcadora en el territorio político, económico e ideológico de Coimbra del Barranco Ancho.

La posición por tanto es ciertamente interesante y recuerda a la de otros monumentos “aislados” aparentemente como son, por poner algunos ejemplos, el ya citado de la Daya Nueva (De Gea 2008) e incluso el de Pozo Moro (Almagro Gorbea 1983b).

Esta serie de relaciones invitan a pensar en los diversos significados y funciones de los monumentos ibéricos, ya que incluso teniendo una tumba asociada, el hecho de situarse fuera de la necrópolis deja claro que no se trata exclusivamente de meros señalizadores del lugar de enterramiento. Es preciso pues entender que los monumentos pueden ser polisémicos (Prados 2011: 199-200; Prados 2013: 92 y ss.) y desempeñar varias funciones simultáneas como edificios conmemorativos, hitos en el paisaje o en el camino, delimitadores de territorios económicos y políticos, indicadores de la presencia de agua o pastos o señalizadores de áreas sacras, como han propuesto ya varios autores (Chapa 1997: 84-86; Molinos *et al.* 1998; Chapa y Belén 2011: 170-172; Prados 2014: 92 y ss.; García Cardiel 2016: 108-109; Chapa y Martínez Navarrete 2020).

En ese sentido, es posible que, como los paralelos en cuanto a modelo monumental, el pilar-estela de El Prado pudiera ser un señalizador funerario. No obstante, esto no implica necesariamente su pertenencia o procedencia de un área de necrópolis como se ha tratado de explicar tradicionalmente: pudo tratarse de una tumba aislada como la que se encontraba bajo el monumento turriforme de Pozo Moro (Almagro Gorbea, 1983b). Sin embargo, esto tampoco excluye otras funcionalidades para el monumento; su posición en el llano y su relación con el entorno indican que más allá de ser un *sema* para una hipotética tumba, este monumento desempeñó algunas (o varias) de las funciones propuestas.

4. Reflexiones finales

Dentro del extenso repertorio bibliográfico existente sobre los monumentos ibéricos, cada

vez tienen más peso los trabajos que realizan revisiones de conjuntos arquitectónicos y escultóricos que, con mayor o menor profundidad, fueron estudiados en las últimas décadas del pasado siglo. Con estos trabajos parece consolidarse una línea de investigación que está proporcionando una gran cantidad de datos novedosos y perspectivas sobre el estudio de la arquitectura monumental ibérica. Se revela por tanto esta línea de trabajo como necesaria y en ella deseamos integrar este trabajo.

En él, se ha ofrecido una nueva imagen del pilar-estela que creemos mucho más cercana al aspecto que ofreció cuando estuvo construido. Esto no se debe solo a que la gola se sitúe como remate, concluyendo así los debates existentes al respecto, sino a la inclusión de decoración arquitectónica inédita hasta la fecha. Estas “nuevas” decoraciones revelan la gran importancia del monumento, no solo por su altura –superior a otros ejemplares conocidos del sureste– sino por el “barroquismo” que presenta en su decoración y más concretamente en su parte superior, es decir, en el pilar y la gola.

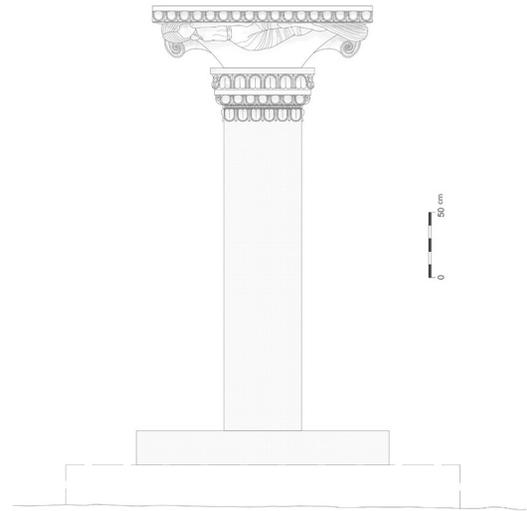


Fig. 16. Nueva restitución del Monumento de El Prado de acuerdo con los datos planteados en el trabajo (Dibujo: Marina Ballesteros)

Allí se combinan cuatro molduras con diferentes tipos de ovas –lo que supone el mayor conjunto de este motivo documentado hasta la fecha en el mundo ibérico–, relieves antropomorfos de damitas y dos volutas de gola. Los motivos no resultan ajenos al repertorio del sureste, pero la convivencia de un número

y una variedad tan elevada de los mismos en un solo monumento sí que lo es. Esto arroja luz sobre el diseño y la concepción de estos monumentos, ya que aunque constructiva y estilísticamente se integren en un taller, cada pilar es único por la selección de los motivos que decoran su superficie. Una selección que puede depender de diversos factores, como la demanda del cliente o la creatividad de los escultores y que en el caso de El Prado es ciertamente llamativa (fig. 16).

Pero más allá de esta interesante cuestión escultórica y arquitectónica, la revisión del pilar-estela y su contexto ha permitido reconstruir la vida que tuvo este monumento. Podemos concluir que este edificio es un monumento pilar-estela típico del sureste ibérico y más en concreto del taller o modelo “Corral de Saus”, que se construyó seguramente a comienzos del siglo IV a.C. en un punto paisajístico clave. Por ello, sin descartar la función funeraria que pudo tener, este monumento pudo constituirse, complementariamente, como un hito paisajístico en clara relación con las vías de comunicación que atraviesan el camino, con las corrientes de agua del terreno en que se asienta y las tierras de cultivo vinculadas a Coimbra del Barranco Ancho.

En un momento dado, este monumento cayó, aunque sus elementos se mantuvieron juntos. Es entonces cuando quedaron abandonados junto a una cañada, convirtiéndose en soporte para una serie de insculturas que perforan el cuerpo del monumento y fragmentan parcialmente sus relieves. Posteriormente, y casi dos siglos después de su construcción, todos estos restos fueron recogidos y reutilizados para formar parte de un estanque o abrevadero quizá con sentido cultural (por la presencia de otros restos con insculturas) o simplemente cotidiano y agrícola.

Esta revisión de datos ha permitido arrojar luz sobre algunas cuestiones apenas tratadas en la arquitectura ibérica, como es el caso de las molduras y decoraciones arquitectónicas que no se han abordado con suficiente minuciosidad en esta cultura, así como a cuestiones de plena actualidad y debate en esta disciplina. Algunas de estas son la cronología e influencias de los monumentos, las funciones que pudieron desempeñar más allá del mundo funerario así como el final de estas construcciones y las implicaciones que pudieron tener sus diversas reutilizaciones en tumbas o edi-

ficios posteriores, pero también en espacios posiblemente relacionados con el culto.

Tienen estas cuestiones el suficiente peso como para justificar que, a pesar de la bibliografía existente, sea necesario seguir trabajando sobre diversos aspectos de la arquitectura monumental ibérica. Obviamente estos trabajos deben tratar nuevos hallazgos, pero también son necesarias las revisiones de antiguos estudios de caso y, sobre todo, sus contextos muchas veces perdidos. Si bien puede parecer que está dicho todo sobre estos últimos, como se suele decir, el diablo se esconde en los detalles, aunque estos parezcan tan insignificantes como un fragmento de ova apenas visible o unas incisiones en la parte trasera del monumento.

Agradecimientos

El autor de este trabajo quisiera expresar su agradecimiento a Emiliano Hernández Carrión y a Estefanía Gandía Cutillas (Museo Arqueológico Municipal Jerónimo Molina de Jumilla), por las discusiones e informaciones sobre el monumento, así como por permitir su estudio y fotografiado. Al personal de dicho Museo por facilitar estas labores. A Jaime Vives-Ferrándiz (Museo de Prehistoria de Valencia), Virginia Page del Pozo (Museo de Arte Ibérico del Cigarralejo), Luis de Miquel Santed (Museo Arqueológico de Murcia) por permitir el estudio de los diferentes fragmentos arquitectónicos referidos en este estudio.

A Marina Ballesteros (Universidad Complutense de Madrid) por su ayuda inestimable con la realización del dibujo y a José Javier Martínez (UMU) por la fotogrametría del monumento que ha facilitado enormemente el estudio de las piezas.

A José Fenoll Cascales por darse cuenta del detalle de las ovas y comunicárnoslo desinteresadamente y por la lectura detenida del manuscrito, ofreciéndonos enriquecedoras sugerencias. Por esto último agradecemos también a Fernando Quesada (UAM) y José Miguel García Cano (UMU), quien además junto a Virginia Page nos ha cedido la fotografía inédita sobre los restos del monumento de El Prado.

Por último, a los revisores de este trabajo que con sus comentarios han contribuido a la mejora del mismo.

Bibliografía

- Almagro Gorbea, M. (1982): El monumento de Alcoy. Aportación preliminar a la arquitectura funeraria ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 161-210
- Almagro Gorbea, M. (1983a): Pilares-estela ibéricos. *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, Vol. III, Ministerio de Educación y Cultura, Madrid: 7-20
- Almagro Gorbea, M. (1983b): Pozo Moro: el monumento orientalizador, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. *Madrid Mitteilungen*, 24: 177-293
- Almagro Gorbea, M. (1987): El pilar-estela de las “Damitas de Mogente (Corral de Saus, Mogente, Valencia). *Archivos de Prehistoria Levantina*, 17: 199-228.
- Almagro Gorbea, M. y Ramos Fernández, A. (1986): El monumento ibérico de Monforte del Cid (Alicante). *Lucentum*, 5: 45-63
- Almagro Gorbea, M.; Lorrio, A. y Simón, J.L. (2015): Los pilares-estela de la necrópolis ibérica de Capuchinos (Caudete, Albacete). *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 31: 59-84
- Almagro Gorbea, M.; Lorrio, A. y Torres, M. (2021): Los focenses y la crisis de 500 a.C. en el Sureste: de La Fonteta y Peña Negra a la Alcudia de Elche. *Lucentum*, 40: 63-110. DOI: <https://doi.org/10.14198/LVCENTVM.18058>
- Altekamp, S. (1991): *Zu griechischer Architekturornamentik im sechsten und fünften Jahrhundert v. Chr. Exemplarische archäologische Auswertung der nicht-dorischen Blattornamentik*. Lang, Frankfurt
- Aranegui, C.; Rouillard, P.; Jodin, A.; Llobregat, E. y Grévin, G. (1993): *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*. Casa de Velázquez, Madrid
- Boardman, J. (1994): *The diffusion of Classical Art in Antiquity*. Princeton University Press, Princeton
- Castelo, R. (1995): *Monumentos funerarios del sureste peninsular: Elementos y técnicas constructivas*. UAM Ediciones, Madrid
- Chapa, T. (1997): La escultura ibérica como elemento delimitador del territorio. *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (R. Olmos Romera y J.A. Santos Velasco, eds.). UAM ediciones, Madrid: 235-248.
- Chapa, T. (2021): Grecia e Iberia: Las esfinges de Agost (Alicante). *Abantos. Homenaje a Paloma Cabrera*. Ministerio de Cultura y Deporte, Madrid: 75-84.
- Chapa, T. e Izquierdo, I. (2012): Talleres de escultura ibérica en piedra: a propósito de algunos ejemplos del sureste peninsular. *Archivo de Prehistoria Levantina*, 29: 237-264
- Chapa, T. y Belén, M. (2011): Viaje a la eternidad. El grupo escultórico del Parque Infantil de Tráfico (Elche, Alicante). *Spal*, 20, 151-174. DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/spal.2011.i20.10>
- Chapa, T. y Martínez Navarrete, M.I. (2020): La escultura ibérica y sus implicaciones territoriales. *The matter of Prehistory: papers in honor of Antonio Gilman Guillén* (P. Díaz del Río; K.T. Lillios e I. Sastre, coords.). Congreso Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 323-336
- Chapa, T.; Vallejo, I.; Belén, M.; Martínez-Navarrete, M. I.; Ceprián, B.; Rodero, A. y Pereira, J. (2009): El trabajo de los escultores ibéricos: un ejemplo de Porcuna (Jaén). *Trabajos de Prehistoria* 66 (1), 161-173. DOI: <http://dx.doi.org/103989/tp.2009.09018>
- Cuadrado, E. (1984): Restos monumentales de El Cigarralejo. *Trabajos de Prehistoria*, 41: 251-290
- De Gea, M. (2008): Lectura del programa escultórico del Pilar-Estela ibérico de El Mejorado (Daya Nueva) en el espacio mítico-religioso ibérico. *Cuadernos de Historia y Patrimonio cultural del Bajo Segura*, 1: 9-38
- Fletcher D. y Pla, E. (1974): Las esculturas en piedra de “El Corral de Saus” (Mogente). *Bellas Artes*, 74 (36): 38-39
- Gagnaison, C.; Montenat, C.; Moratalla, J.; Rouillard, P. y Truszkowski, E. (2007): Un esbozo de escultura ibérica en las canteras de la Dama de Elche: el busto de El Ferriol (Elche, Alicante). *Arte Ibérico en la España mediterránea* (L. Abad Casal y J. Soler Díaz, eds.). Universidad de Alicante, Alicante: 141-153.
- Ganzert, J. (1983): Zur Entwicklung lesbischer Kymation-Forme. *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 98: 123-202
- García Cano, J.M. y Page, V. (2011): El pilar estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla). Treinta años del hallazgo. ¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico (J. Blánquez, ed.). Museo Arqueológico Regional, Madrid: 161-178
- García Cano, J.M. (1994): El pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho. *Revista de Estudios Ibéricos*, 1: 173-202

- García Cano, J.M. (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Universidad de Murcia, Murcia
- García Cardiel, J. (2016): *Los discursos de poder en el mundo ibérico del sureste (siglos VII-I a.C.)*. Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid.
- García Cardiel, J. y Olmos, R. (2021): The Pozo Moro Reliefs (Chinchilla, Spain): A Mediterranean Hero between east and west. *Oxford Journal of Archaeology*, 40 (3): 250-267. DOI: <https://doi.org/10.1111/ojoa.12226>
- García y Bellido, A. (1945): *La arquitectura entre los iberos*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid
- González Villaescusa, I. (2001): *El mundo funerario romano en el País Valenciano: Monumentos funerarios y sepulturas entre los siglos I a.C.-VIII d.C.* Casa de Velázquez, Madrid
- Hernández Carrión, E. (2017): El Museo Municipal Jerónimo Molina de Jumilla. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 35: 1902-1910
- Hernández Carrión, E. y Lomba, J. (2006): Cronología y significado de las insculturas del sureste peninsular. *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 22: 9-32
- Izquierdo, I. (1998-1999): Las “damitas” de Moixent en el contexto de la plástica y la sociedad ibérica. *Lucentum*, 17-18: DOI: 131-147 10.14198/LVCENTVM1998-1999.17-18.06
- Izquierdo, I. (2000): *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*. Servicio de Investigaciones Prehistóricas, Valencia
- Izquierdo, I. (2007): Monumentos de la muerte en “Iberia”: reflexiones en torno a la percepción de la arquitectura y la escultura. *Anales de Arqueología Cordobesa*, 18: 67-92
- Lillo Carpio, P. A. (2002). Notas acerca de la incineración. *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 17-18, 127-146
- Lillo, P. A. (1990): Los restos del monumento funerario ibérico de El Prado (Jumilla, Murcia). *Homenaje a Jerónimo Molina García*, Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia: 135-161
- Lillo, P. y Walker, M.J. (1990): The Iberian monument of El Prado (Jumilla, Murcia, Spain). *Greek colonists and native populations* (J.P. Descoedres, ed.), Clarendon, Oxford: 613-620
- Lillo, P.A. y Serrano Várez, S. (1989): Los fragmentos escultóricos ibéricos del Agua Salada (Alcantarilla, Murcia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, 19: 77-89
- Mata, C.; Badal, E.; Collado, E. y Ripollès, P.P. (eds.) (2010): *Flora ibérica. De lo real a lo imaginario*. Servicio de Investigación Prehistórica, Serie de Trabajos Varios 111, Valencia
- Molina Mas, F.A. (2020): El torso del Guerrero de Monforte del Cid (Alicante) y otros fragmentos de esculturas halladas en la necrópolis ibérica de Camino del Río. *MARQ. Arqueología y Museos*, 11: 41-67
- Molina, J. y Molina Grande, M. (1973): *Carta Arqueológica de Jumilla*. Patronato de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Murcia, Murcia
- Molina, J. (1978): Urna de orejetas perforadas procedente del Pasico de San Pascual (Jumilla). *Archivo de Prehistoria Levantina*, 15: 163-165
- Molinos, M.; Chapa, T.; Ruiz, A.; Pereira, J.; Rísquez, C.; Madrigal, A.; Esteban, A.; Mayoral, V. y Llorente, M. (1998): “El santuario heroico de “El Pajarillo” (Huelma, Jaén). Universidad de Jaén, Jaén
- Muñoz, A.M. (1987): La escultura de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, 19: 229-225
- Nieto, G. (1947): La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro. Verdolay, Murcia. *III Congreso de Arqueología del Sudeste Español*, Cartagena: 176-183
- Page, V. y García Cano, J.M. (1993): La escultura en piedra del Cabecico del Tesoro (Verdolay, La Alberca, Murcia). *Verdolay*, 5, 35-60
- Poveda, A. (2015): Manifestaciones escultóricas ibéricas del *oppidum* de El Monastil (Elda) y su posible área sacra de El Chorrillo. *Alebus*, 10-12: 85-126
- Prados, F. (2011): Iberia entre Atenas y Cartago. Una lectura de los pilares estela. ¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico (J. Blánquez, ed.). Museo Arqueológico Regional, Madrid: 181-207
- Prados, F. (2014): Una arqueología ibérica para la memoria. Creaciones simbólicas de una koiné imaginada. *Diálogo de identidades: bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el Mediterráneo (s. III a.C.-s. I d.C.)* (T. Tortosa, coord.): 85-100
- Quesada, F. (1989): “Sobre la cronología de la destrucción escultórica en la necrópolis del Cabecico del Tesoro (Verdolay-Murcia)”. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 26: 19-24

- Quesada, F.; Moreno, A.; Kavanagh, E. y Camacho Calderón, M. (2021): El complejo ibérico de El Cerro de la Merced: investigación, conservación y difusión
- Ramos Fernández, R. y Ramos Molina, R. (1992): *El monumento y el témenos ibéricos del Parque de Elche*. Ayuntamiento de Elche, Elche
- Ramos Martínez, F. (2007): Intervención arqueológica en el Pasico de San Pascual, Jumilla. *XVIII Jornadas de Patrimonio Cultural*, Vol. 1., Murcia: 79-82
- Ramos Martínez, F. (2018): *Poblamiento ibérico (ss. V-III a.n.e.) en el sureste de la península ibérica. Nuevos datos para el estudio a través de la arqueología del paisaje*. Bar international series, 2903, Oxford
- Ramos Molina, R. (2017): *Los íberos. Imágenes y mitos de Iberia*. Almuzara, Madrid
- Raubitschek, I.K. (1950): *Ionicizing-Doric Architecture: a stylistic study of Greek Architecture of the sixth and fifth centuries b.C.* Princeton University, Nueva Jersey
- Rous, S.A. (2019): *Reset in stone*. Wisconsin University Press, Wisconsin
- Sala, F. (2007): Algunas reflexiones a propósito de la escultura ibérica de la Contestania y su entorno. *Arte Ibérico en la España Mediterránea, Actas del Congreso* (L. Abad y J.A. Soler Díaz, eds.). Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante: 51-110
- Varela, S. (2000): Actuaciones arquitectónicas en dos monumentos de la antigüedad: Villajoyosa y Rojales. *Scripta in honorem Enrique Llobregat Conesa* (Olcina, M. y Soler, J.A., eds.), Vol. II. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil Albert, Alicante: 295-316

Notas

- ¹ Trabajo realizado en el marco del Proyecto de I+D+i HAR 2017– 82806-P: “Ciudades y complejos ibéricos en la conquista romana de la Alta Andalucía. Nuevas perspectivas y programa de puesta en valor (Cerro de la Cruz y Cerro de la Merced, Córdoba)” financiado por proyectos del MINECO. Grupo de Investigación: *Polemos. Arqueología e Historia militar y de la guerra* (UAM). Ayudas para la Formación del Profesorado Universitario (FPU18/00735).
- ² Lillo (1990: 143) propuso que estos relieves podrían haberse repicado intencionalmente. Sin embargo, al no verse dañado el resto del monumento, es posible que la fragmentación se deba a la fragilidad de la pieza y sobre todo a que, como veremos, fue el elemento situado a mayor altura y recibió mayor impacto. Algo similar puede verse en el pilar-estela de la cercana necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1994: 176; García Cano 1997) cuya nacela y remate escultórico son los elementos más fragmentados y los que se hallaron más alejados del resto del conjunto.
- ³ Lamentablemente estos restos no han podido ser localizados en los fondos del Museo Arqueológico Municipal Jerónimo Molina de Jumilla, por lo que nos hemos basado en la descripción de los mismos realizada por Lillo (1990).
- ⁴ Cabría preguntarse si estos grandes ortostatos pudieran ser parte del plinto del monumento, aunque la falta de documentación sobre estas piezas impiden profundizar al respecto.